

CAPÍTULO II

Haghedisse

Haghedisse vivía sobre la meseta escarpada que se encontraba ahora frente a Okizar, que, ya repuesto de su extraño e intempestivo vuelo, había comenzado el ascenso.

Abetos inmensos y enmarañados pinos silvestres rodeaban la cabaña de la bruja, transformándose sus ramas en un espeso entretejido muy difícil de traspasar. Pero el que se atrevía y lograba hacerlo podía descubrir un espacio de oscuridad y gélida sombra, al que nunca llegaba la luz del sol.

En las ramas de esos árboles jamás se posaba pájaro alguno; debajo de ellos se multiplicaban hongos venenosos que horadaban sus raíces hasta transformarlas en filosas garras que luchaban con las sierpes y los escorpiones en una interminable y estéril batalla, sólo interrumpida por las órdenes de Haghedisse, ama y señora de esas tierras, que, al pie del barranco desde donde emergió Okizar, le dio la bienvenida:

—Llegas al atardecer, no son buenos estos sitios para pasar la noche.

Okizar iba preparado, él sabía que las *cailleach* eran unos personajes repulsivos, pavorosos y repugnantes; por ello, se sorprendió al no ver delante de sí a un ser con dientes puntiagudos ni con ojos plagados de purulentas lagañas ni con pústulas en la cara. Por el contrario, sus ojos

azules eran grandes, brillantes y limpios de toda pestilencia; la piel arrugada de su rostro enjuto estaba libre de toda enfermedad; y tenía una nariz fina y larga que enmarcaba una boca pequeña que lucía todos sus dientes, algo manchados y desparejos.

Haghedis se llevaba los oscuros cabellos recogidos en la nuca con zarzas y espinos, y en su cuello marcado por unas feas cicatrices lucía un hermosísimo y refulgente collar de perlas negras, que contrastaba con la esplendorosa blancura de la túnica de áspera textura que la cubría desde los hombros hasta los pies desnudos.

De las anchas mangas de su simple atuendo emergían unas manos de dedos flacos que terminaban en unas larguísimas y filosas uñas. En su mano derecha sostenía una retorcida vara de avellano y al dedo pulgar de la izquierda se aferraba fuertemente un cuervo renegrado, cuyos ojos inmóviles, fríos y amarillentos se clavaron en los ojos grises del rey.

—Haghedis se, deja tranquilo a tu cuervo o lo mataré con mi espada.

—Eres un necio, Okizar. Yo te desarmaría en un abrir y cerrar de ojos. No sólo perderías tu espada, sino también tu vida.

—No he venido a litigar contigo, Haghedis se, sino todo lo contrario —dijo Okizar, suavizando la voz—. Estoy aquí para pedirte humildemente que me ayudes.

—¿Cuándo un oki es humilde con alguien del Reino del Otro Mundo, Bran? —ironizó la bruja, dirigiéndose a su cuervo, que por toda respuesta graznó repetidas veces—. ¿Acaso Asgar, tu amigo y aprendiz de mago, no puede solucionar tu problema, mejor aún, el problema de tu reina?

—Ahora y aquí, me despojo de mi orgullo ante ti, Haghedis se —le contestó con voz firme el rey, mirándola de frente y buscando sus ojos huidizos, sin encontrarlos.

—Mucho, mucho tiempo atrás, Danaan, el padre de tu abuelo, me pidió también que lo ayudara. Yo le creí, porque sentía por el Gran Rey de los Okis un enorme respeto. —Al decir esto último, un raro destello, que no podía ser más que un recuerdo de un profundo amor, apareció iluminando sus ojos, y Haghedis se finalizó con el mismo tono vibrante de voz—: Sentimiento que hoy se ha transformado en desprecio y desconfianza.

Okizar se veía cansado. No supo qué contestarle y, sin decir palabra, se dirigió hacia un tronco caído cubierto de musgo y líquenes y se sentó, gesto que encolerizó a la bruja, que le ordenó que permaneciera de pie frente a ella.

—¡Nadie te dijo que te sentaras! ¡Permanece de pie frente a mí si quieres ser escuchado! ¡No eres nadie aquí, sólo un pobretón sin reino ni descendencia!

El rey obedeció. Si quería obtener de ella lo que había ido a buscar, debía mostrarse cauto y hasta sumiso. Apoyó su cuerpo contra un maltrecho alerce. Se cruzó de brazos y, luego de un hondo suspiro, preguntó:

—¿Puedo saber de ti lo que ocurrió en los tiempos del gran rey Danaan, cuando los margontes invadieron estas tierras?

Haghedisse le dio la espalda encorvada por los años y el resentimiento. Bran voló hasta un serbal que crecía lozano frente a donde se encontraba Okizar, con la intención de no perderle pisada, tal cual lo venía haciendo desde que el rey se internara en el bosque.

El sol se iba escondiendo entre las montañas y el Occidente se iba tiñendo de un color rosado violáceo, tan intenso que lograba que el verde espeso de la selva se transformara en una inmensa y vaporosa nube del mismo tono.

Haghedisse apuntó con su vara hacia el maravilloso cielo y extrañas escenas comenzaron a aflorar:

Unos raros seres, de enormes cuerpos cubiertos con cueros negros, bajaban de unos inmensos barcos cuyas velas parecían hechas de una fina piel que brillaba a la luz de la luna; es que algunas estaban confeccionadas con piel humana, y otras, con seres vivos que se retorcían prisioneros por el dolor y la desesperación. Portaban espadas y lanzas que refulgían con poderosos destellos y sus escudos llevaban plasmado el signo de un tridente. No hacían ningún ruido, se movían sigilosamente y se comunicaban entre sí por medio de señas: eran los margontes, que en los templos del tiempo de Okizar aparecerían esculpidos como pavorosas figuras únicamente comparadas con los demonios que se alimentaban con carne humana.

De pronto, la escena del desembarco de los margontes desapareció, y una bella mujer, de cabellos oscuros y sueltos al viento, cabalgaba sobre un potro sudoroso a todo galope, entraba por la enorme puerta de un imponente castillo que se

abrió ante ella como por encanto y era recibida de inmediato por un hombre que, al salirle al encuentro, la abrazó calurosamente: él era el gran rey Danaan y ella era Haghedisse.

Las dos figuras se alejaron mientras se oyó a la mujer decir:

—Han llegado invasores a nuestras tierras, son miles y vienen fuertemente armados; pertenecen al Mundo Desconocido y su fuerza y ferocidad son grandiosas.

El ejército del gran rey Danaan se preparó para la defensa: los guerreros estaban listos y esperaban órdenes. No había en sus rostros ninguna expresión de miedo: sus petos y cascos de metal los protegerían, pero lo que les infundía absoluta tranquilidad era su rey, que cabalgó hacia los hombres a caballo, armados de espadas largas, y hacia los que los seguirían a pie, completamente cubiertos por grandes y pesados escudos, para darles instrucciones y, principalmente, confianza:

—¡Sepan que no están solos: los dioses protegen estas tierras sagradas! ¡Ellos lucharán junto a nosotros!

Jamás un oki había visto un margonte: seres que caminaban pesadamente sobre sus dos piernas envueltas en una especie de cuero negro que, además, les cubría todo el cuerpo desde el cuello hasta las puntas de los pies. Su altura sobrepasaba la de una encina de varios años de edad; de su cara prácticamente no podía verse nada porque la traían tapada con una especie de máscara hecha de un material brillante; en sus manos llevaban espadas, garfios y cadenas que terminaban en unas pesadas bolas repletas de filosos pinchos.

Okizar se estremeció cuando los primeros margontes empezaron a aparecer, frente a sus ojos atónitos, atraídos por la magia de Haghedisse; pero, al afirmar su cuerpo contra el tronco del árbol y extender su brazo izquierdo sobre una rama baja, buscando un punto de apoyo desde donde desenvainar su espada, se sintió más seguro.

Uno de ellos luchó contra el poder de la vara de Haghedisse para tratar de regresar de entre los muertos y llevarla consigo a tiempos pasados: el campo de batalla era una masacre de sangre y dolor; margontes y okis yacían por miles sobre la tierra fértil del valle horrorizado ante tanta matanza.

Después del sangriento combate, las fuerzas diezmadas de los margontes se replegaron hacia el mar e, internándose entre la bruma, desaparecieron.

Los pocos y maltrechos okis que sobrevivieron regresaron al castillo creyendo que todo había finalizado, pero no fue así: bajo una enorme luna que parecía devorarlos con sus helados destellos, se abrió el Ojo del Caldero de la Verdad y Haghedisse vaticinó que una veintena de barcos surcarían las aguas del mar para unirse a los sobrevivientes. Si los vientos les eran favorables, desembarcarían en menos de siete lunas.

El Caldero de la Verdad cerró su Ojo, y Haghedisse volvió a emerger del pasado avanzando al lado de su bello hijo, Garland. A su vez, otro muchacho, que parecía tenerle a éste una gran estima, le salió al encuentro y, luego de un afectuoso abrazo, se fueron los dos caminando y salieron de la escena.

El joven era el príncipe Govannon, hijo de Danaan; éste, con el rostro transmutado de dolor, le pidió a Haghedisse:

—Llévate a mis hijos, el príncipe Govannon y el pequeño Corrigan, al Reino del Otro Mundo; tu padre, el Rey del Sidhe, el gran Finvana, los recibirá... Aquí en mi castillo corren un gran peligro. Ya no tengo ejército para contener a los invasores: el Reino de los Okis desaparecerá.

Los ojos azules de la bellísima Haghedisse se iluminaron:

—Yo le pediré a mi gente que pelee esta guerra. Esta misma noche los reuniré en asamblea en la Gran Colina; te aseguro que hasta el mismísimo Señor del Bosque estará presente.

—¿Tú harás eso por nosotros?

Y sus ojos contestaron: “Por ti, sólo lo hago por ti”.

Danaan se arrodilló ante ella con gran solemnidad, para besar el ruedo de su vestido plateado, donde las fulgurantes estrellas dormían su sueño nocturno desde que ella había nacido.

Haghedisse recordó aquellas épocas cuando, siendo casi niños, se habían dado cita muchas veces en el bosque, a escondidas de sus mayores, para soñar que algún día el Reino del Otro Mundo y el Reino de los Okis pudieran vivir en armonía.

Danaan y Haghedisse desaparecieron y, en su lugar, comenzaron a emerger imágenes que compusieron una escena que a Okizar, que continuaba de pie y apoyado contra el tronco del árbol, lo dejó boquiabierto:

El Rey del Bosque iluminaba el lugar con un verde resplandor, tan intenso y tan verde que las caras y cuerpos de todos los presentes estaban teñidos de ese color.

La luz no tenía una forma precisa: de pronto podía aparecer como círculos que se unían para armar una gran esfera pulsátil, o manifestarse como una explosión de minúsculas espículas que caían tal cual una intensa lluvia de esmeraldas.

Las hermosas dríades de alitas plateadas volaban entre medio de aquella energía, muy excitadas por la novedad de ver reunidas tantas gentes del Reino del Otro Mundo y, sobre un tronco caído, aún vivo, de un tejo, el viejo Schrat miraba a su alrededor con desconfianza.

Un pixie, más verde aún por el resplandor reinante, afilaba las uñas de sus dedos largos y nudosos contra la rama de un roble, desde donde varios puckies, sentados y meneando sus piernitas, conversaban y reían por lo bajo.

Varios tânganos, tan feos como impredecibles, jugaban haciendo malabares con unas piedras y otros se metamorfoseaban hinchándose para adoptar formas monstruosas, ante las miradas desdeñosas de un cortejo de bellísimas gwragedd annwn que, de pie, flotaban en el aire húmedo verdoso que olía a una mezcla de menta, azafrán y semillas de beleño y amapola que, un poco alejadas del resto, varias brujas quemaban en su caldero.

De repente, el suelo tembló y, en medio de un crujir de ramas quebradas, aparecieron varios gigantes armados con descomunales garrotes; llevaban cascos alados en sus enormes cabezas y uno de ellos, su rey, lucía una coraza resplandeciente que multiplicaba la luz esmeraldina en un sinnúmero de destellos enceguedores.

Haghedisse, al verlos venir, se acercó a recibirlos:

—Bienvenido, Thurs. ¡Oh, Rey de los Gigantes, nos honra que estés aquí!

—Sabemos —dijo el rey con voz atronadora— que invasores provenientes del Mundo Desconocido han diezmado las tropas de Danaan, el Gran Rey de los Okis, y que vienen muchos más. Haghedisse, ante tu llamada, he bajado de las Montañas del Norte con mi ejército porque un gigante jamás olvida un favor.

—Nosotras nada le debemos a Haghedisse —interrumpió Donagh, la Reina de las Hadas, avanzando unos pasos; y, mientras echaba con un leve movimiento de sus manos de porcelana su esplendorosa cabellera rubia hacia atrás, continuó—: y no creemos que debemos involucrarnos en la causa de Danaan.

—¡Porque Danaan no te prefirió a ti! —chilló una bruja desde el fondo.

Los puckies se echaron a reír en forma descarada y los tânganos, profiriendo agudas carcajadas y transformados en horribles serpientes aladas, comenzaron a

girar alrededor de las hadas que, presurosas, se protegieron detrás de un círculo trazado con polvillos mágicos, mientras emitían con sus voces cristalinas indescifrables conjuros.

El viejo Schrat comenzó a ulular en forma tan descontrolada que un gnomo, mucho más enojado que de costumbre, lo corrió amenazándolo con una rama de aliso.

Las brujas hacían comentarios soeces en voz muy alta en contra de Donagh, la Reina de las Hadas, y un grupo grande de pixies comenzaron a arrojar a diestra y siniestra cientos de bellotas, hayucos, nueces y todo tipo de proyectiles que eructaban de sus bocas verdes mientras proferían agudos silbidos a modo de marcha.

El grupo de coblynau se acopló al jolgorio y comenzaron a danzar sobre sus piernas flacas, que sostenían un cuerpo dismórfico de brazos cortos y abultado abdomen.

Dos pié cuadrados corrieron a refugiarse detrás de un roble y, en el escape, chocaron con unos leprechauns deseosos de unirse a la fiesta.

La reunión se había transformado en un verdadero desorden y sólo el tímido urisk, mirando con sus grandes ojos buenos a los que tenía a su lado, como buscando protección, permanecía callado. Estaba sentado junto a un grupo de fenoderees que, apoyados sobre sus filosas hoces, se reían entre dientes sin entender absolutamente nada de lo que allí estaba acaeciendo.

El Señor del Bosque, mientras tomaba la forma de un bello serbal pletórico de frutos rojos, dijo:

—Hijos míos, ya dejen de jugar y demos la bienvenida a nuestros amigos, los enanos.

Todos callaron. Desde la bruma verde comenzaron a emerger las figuras de los enanos. Algunos venían montados a lomo de lebire, otros sobre venados, la mayoría a pié.

Se oyó un “¡Oh...!” cuando, por fin, apareció entre la comitiva la figura del legendario Bergleute; hasta Donagh, la Reina de las Hadas, se conmocionó al verlo y el vergonzoso urisk se acercó un poco para hacerle una reverencia.

De la misma manera como se había comportado con el Rey de los Gigantes, Haghedisse, que profesaba por Bergleute un gran y sincero afecto, le dio la bienvenida aproximándose a él:

—¡Bienvenido, Bergleute, Rey de los Enanos! —Y luego le murmuró al oído—: Temía que no vinieras...

—Jamás he dejado de concurrir a la cita con una dama y, si me he atrasado, es porque hoy nació mi amado y único hijo, a quien he llamado Hornbori — exclamó el Rey de los Enanos, muy emocionado.

No había acabado de pronunciar el nombre de su hijo cuando la fantástica luz verde lo rodeó y, envolviéndolo en una suave espiral resplandeciente, lo transportó con cuidado hasta la rama alta de un aliso, luego a las de un roble, después a las de un fresno y, finalmente, a las de un avellano, para hacerlo caer nuevamente en el centro.

Bergleute tenía en sus manos una cunita fabricada con maderas mágicas para que su hijo tuviera una larga, feliz y provechosa vida y fuera recordado por algo grande, como su padre: el generoso, noble y valiente Bergleute, el exterminador de trolls, que habían hecho peligrar al Reino del Otro Mundo, muchos años atrás.

El Señor del Bosque se quietó y, transformándose en un árbol muy viejo, tan viejo como el primer árbol del Mundo, repleto su tronco de grietas y profundas oquedades, por donde se asomaron unos simpáticos killmoulis desconcertados, porque no tenían ni idea de dónde estaban ni de qué se trataba todo aquello, pidió con voz solemne a Haghedissee que comenzara la asamblea:

—Bellísima Haghedissee, Señora de la Magia, hija de Taitiu y de Finvana, dinos por qué nos has convocado.

Okizar, el Rey de los Okis, contempló arrobado a aquella hermosísima mujer cuyo indescriptible semblante y purísima voz extasiaron a todos los presentes. Luego, se detuvo unos instantes en la figura solitaria, oscura, encorvada de la actual, que, de espaldas a él, manipulaba la vara de tal modo que era capaz de transformar el pasado en presente. ¿Cómo era posible que se hubiera operado en ella un cambio tan extraordinario?

Los pixies, tan propensos a las bromas pesadas y a las impertinencias, se quedaron acurrucados y muy quietos bajo un frondoso helecho, y el viejo Schrat apareció de a poco arrastrándose hacia un blando y fresco colchón de tréboles que crecía a unos metros de donde Haghedissee estaba de pie para comenzar a hablar:

—Señor del Bosque, gracias por permitirme realizar esta asamblea en el seno del reino que con tu poderosa fuerza has formado y que sin tu amor no exis-

tiría... Lamentablemente no traigo buenas nuevas, ya que las tropas del rey Danaan están diezmadas y no le quedan okis para luchar. En pocos días, miles de margontes vendrán a arrasarse esta tierra. Por lo que han visto, son seres horribles y crueles, y no solamente terminarán con los okis, sino también con nosotros.

—¿Por qué estás tan segura de que atacarán nuestro reino? —preguntó la poderosa y enigmática hada Leanan, que, hasta ese momento, se había mantenido distante.

—Lo vi en el Ojo del Caldero de la Verdad —afirmó con voz vibrante Haghedisse.

—He contemplado un gran incendio —dijo con voz temblorosa una de las gwragedd annwn—. Lo he visto en el Espejo del Agua, que estaba teñido de rojo.

—¡No dejaremos que eso ocurra! —vociferó Thurs, el Rey de los Gigantes—, ¡y nadie destruirá nuestro hogar porque mi gente no lo permitirá!

—¡Ni la mía! —gritó Bergleute, el Rey de los Enanos, desenvainando su espada.

Todos gritaron a coro y un clamor de guerra resonó en la noche.

Pero la Reina de las Hadas se mantuvo distante y cuando los ánimos se calmaron dijo:

—Quiero dejar a un lado viejas diferencias, que, después de todo, involucran sólo a tu padre, Finvana, y a mí, su esposa. Todos en el Reino del Otro Mundo sabemos de tu amor por Danaan, el Rey de los Okis. Prueba de ello es el hijo que le diste: Garland. ¿Nos pides que defendamos nuestro reino o lo que deseas es salvarle la vida a Danaan?

Se hizo un gran silencio. Las dríades se inquietaron y el musical tintineo de sus alitas se quebró, como si estallaran en una estancia silente pompas de finísimo cristal.

Algunas dríades volaron hacia Haghedisse para posarse sobre su cabeza y sobre sus hombros. Otras comenzaron a jugar amorosamente con sus cabellos y a trenzarlos, entremezclando en ellos pétalos de primulas, campánulas y primaveras.

El Señor del Bosque la miró con sus grandes ojos viejos llenos de comprensión. Desde su magra copa un búho chistó batiendo sus alas y un killmouli comenzó a introducirse algunos serbos muy rojos por su gran nariz con la intención de alimentarse.

—Te agradezco, Donagh, Reina de las Hadas, que me cuestiones. No me es fácil estar aquí convocándolos para una guerra, porque los habitantes del Reino del

Otro Mundo no somos proclives a la batalla. No puedo negar que amo al Gran Rey de los Okis y que lo elegí para engendrar el único hijo que podré tener en toda mi existencia —contestó Haghedisse, extendiendo sus manos, que emanaban una luz azulina y etérea hacia los presentes, para luego rozar con ellas su falda plateada, que estalló en fulgúreas radiaciones iridiscentes, y continuó—: y que no deseo que muera, pero lo que vi en el Ojo del Caldero de la Verdad es cierto... Los margontes vendrán por nosotros también y, si no nos unimos, nuestro reino desaparecerá, porque los invasores fueron enviados por el Señor de la Sombra.

—¿Por qué no lo dijiste desde el principio? —se horrorizó Donagh—. ¡Si el Señor de la Sombra los envió, es porque debe de estar persiguiendo algo más que nuestra destrucción!

—Como siempre, amada esposa, tienes razón —dijo una voz que brotó de un robusto hongo color púrpura que venía avanzando hacia Haghedisse y que en un santiamén se transformó en un hermoso personaje ricamente ataviado, de refulgente corona, barba blanca y capa bermellón.

—¡Padre mío, qué alegría me da tenerte aquí! —exclamó Haghedisse, mientras le tendía sus dos manos.

Finvana, el bello Rey del Sidhe, tomó las puntas de los finos dedos de su hija y los besó. Todos los presentes le hicieron una prolongada reverencia, que el rey aceptó con una amplia y cultivada sonrisa. Luego dijo:

—Lo que el Señor de la Sombra pretende es el absoluto poder que únicamente podrá obtener si enfrenta a las dos espadas: la del Sur, hoy bajo la custodia del gran Bergleute, el Rey de los Enanos, y la del Norte, oculta a los ojos de los vivientes, pero que deberá revelarse si el Señor de la Sombra la obtuviere. Si esas dos fuerzas se enfrentan, todo lo conocido perecerá.

—Los margontes son el medio para obtenerla: ¿eso es lo que afirmas? —preguntó Thurs, el Gran Rey de los Gigantes.

—Ayer fueron los trolls, hoy los margontes, mañana sólo los dioses lo saben. La Espada del Sur debe ser empuñada por alguien noble y valiente, de corazón generoso con los demás pero austero consigo mismo, despojado de todo orgullo y vanidad. Si bien Bergleute posee esas cualidades, debe entregarla a otro, como reza la tradición, para que continúe la obra y no se perpetúe en la consigna; pero nadie puede imponerle a quién se la entregará porque ésa es su decisión y, por lo tanto, su responsabilidad —dijo Finvana.

—Tú eres el Gran Rey del Sidhe y tu opinión nos interesa —dijo el hada Leanan.

—Lo que Haghedisse les pide es justo. Temo que, si no nos unimos, todos los reinos peligren —dijo Finvana con voz vibrante.

—¡Nos uniremos, entonces! —gritó Iotunn, el Rey de los Ogros, que hasta ese momento se había mantenido con su comitiva prácticamente escondido en la oscuridad de la fronda, a pocos metros de allí.

El semblante terrible de Iotunn intimidó a Donagh, pues en épocas anteriores algunas de sus hermanas habían sido raptadas por los ogros, cuyo feo aspecto y desagradable olor no eran fáciles de olvidar; pero animó a una annis, que vociferó:

—No he probado, todavía, carne de margonte. ¡Prometo comerme alguno vivo!

De pronto, una luz ambarina iluminó el entorno y, desde lo alto, pétalos azules comenzaron a caer. Un perfume dulce se esparció por todos los rincones; tenía aquel aroma un efecto calmante, casi hipnótico.

Cuando el suelo estuvo acolchonado de flores y no quedaba ningún rincón sin cubrir, apareció de la nada un pequeño ser montado en un caballito de patas verdes.

El personaje venía solo. Estaba vestido con un traje de montar, sencillo y sin adornos; en su cintura llevaba un cuerno y una vara de avellano y, cruzado en bandolera, un talego de charol. Sus ojos brillaban como dos perlas negras; su mirada era inteligente, sagaz. Las aletas de su nariz chata se movían al compás de su serena respiración; su boca grande de labios finos se curvaba apenas en una tímida sonrisa y sus renegridos cabellos, duros como cerdas, emergían como al descuido de su picudo sombrero agujereado.

—¡Iubdan, Gran Rey de los Leprechauns, bienvenido eres a esta asamblea! ¡Tu presencia nos gratifica, nos da confianza! ¡Esperamos tus sabios consejos! —exclamó Haghedisse, mientras iba hacia él con las manos extendidas.

Iubdan se apeó de su caballo y de su mano surgió un báculo; era una rama gruesa de fresno, que, al apoyarla sobre el suelo, se llenó de pequeñas hojitas muy verdes.

Al llegar frente a la Señora de la Magia, Iubdan se puso en puntas de pie, tomó con respeto sus manos y las besó.

—Agradezco tus palabras, bella señora, porque sé que son sinceras como tu convencimiento de que el enfrentar a los invasores es nuestra única salida. No cabe

duda de que lo que has visto en el Caldero de la Verdad es lo que nos has transmitido. Sé que de tu boca no podría salir mentira alguna. Pero... itampoco deben engañarse!, ilas armas son instrumentos nefastos! —dijo Iubdan con voz palpitante.

—Con todo respeto —interrumpió Bergleute—, ia los trolls no los vencimos con flores!

El Uno quiso que tú, mi Gran Señor, le quitaras la Espada del Sur a Ahriman... La guerra contra los trolls fue, sin querer desmerecerte, una guerra menor. Hoy, los margontes nos centuplican en número y en armas. Lo que quiero expresarles es que no concurrirán a una fiesta, sino que irán a una carnicería.

—¿Sugieres que debemos abandonar al Rey de los Okis a su suerte? —preguntó Bergleute. Su voz surgió fuerte y segura de entre cuchicheos y sordas exclamaciones.

—Lo que quiero decir es que los seres de bien usan las armas sólo en caso necesario y lo hacen comedidamente, sin alegría en la victoria. El que se alegra de vencer es el que goza con la muerte de los seres que el Uno creó, y el que por ese motivo se alegra no puede prevalecer en el Mundo.*

—¡Cómo no iba a estar feliz de haber matado a esos miserables trolls! ¿Me sermoneas por ello? —exclamó Bergleute, indignado—. Trescientos ciclos han pasado y el Señor de la Sombra no había regresado.

—Pero regresó y regresará siempre, hasta que el Mundo comprenda que para los grandes acontecimientos el sitio de honor es la izquierda, y la derecha, para los hechos luctuosos. El segundo jefe se coloca a la izquierda y el primer jefe a la derecha, que es lugar reservado para los ritos fúnebres. Quien haya matado merece llorar con dolor y tristeza, no debe ufanarse de ello. La victoria en la guerra debe seguirse de rito funerario. —Iubdan habló con voz tranquila y suave.*

—Señor, con todo respeto, el Caldero de la Verdad abrió su Ojo, me mostró lo que sucedería... —murmuró Haghedisse—. ¿Qué haremos?

—La rueda se ha puesto otra vez en movimiento. Es cierto que no hay peligro mayor que subestimar al enemigo; por esto el ejército más afligido por la guerra alcanza la victoria. Pero este ejército aquí constituido no está afligido por la guerra, está deseoso de conseguir la victoria. El buen militar no es belicoso, el buen guerrero no es irascible, el buen vencedor evita la guerra, el buen conductor de pueblos se supedita a ellos. Ésta es la virtud de no combatir para poder conducir a los pueblos, éste es el modo más perfecto de unirse a la norma del Cielo —dijo Iubdan, mientras posaba sobre los oyentes sus vivaces ojos negros.*

* Pensamientos basados en los de Lao Tse (Siglo VI a.C.) *Tao Tè KIng*. Ediciones Vedral. España.2002.

—Estoy muy afligido por la guerra... —murmuró el urisk, mientras se acercaba a Iubdan.

—Nosotros también —dijeron unos duendecitos.

—Finvana dijo que el que empuñara la Espada del Sur debía ser alguien noble y valiente, de corazón generoso con los demás pero austero consigo mismo, despojado de todo orgullo y vanidad... ¡Ése no eres tú, Bergleute! ¡El Uno te dio la oportunidad, pero tú te envaneciste con la muerte! ¡Tú, el primer jefe, te sentaste a la izquierda y festejaste la victoria! Muchos, casi todos, quisieron ser como tú. Hoy, el Señor de la Sombra acude a sus deseos y a los tuyos. Hoy, otra vez, estamos en guerra —dijo Iubdan, mientras señalaba al Gran Rey de los Enanos con su báculo.

Bergleute estaba indignado, pero, al observar las expresiones de los demás, se dio cuenta de que Iubdan tenía razón. Pero también era cierto que él no había hecho nada con mala intención y que tan sólo había actuado y sentido de acuerdo con sus sentimientos y convicciones. ¿Quién no se contentaría con la muerte del enemigo? ¿Quién no se sentiría halagado de ser llamado héroe y de ser tratado como tal?

—Donde acamparon las tropas sólo pueden nacer espinas y zarzas, y tras los ejércitos vienen años de miserias: es cierto, Iubdan —dijo Bergleute—. ¡Pero los margontes están aquí y hay que combatirlos!

—Que el Uno te guíe, Gran Rey de los Enanos, cuando elijas el destinatario de la Espada, a la que tú desmereciste. La rueda está girando y la guerra ya es inevitable —contestó Iubdan, mientras se subía a su caballito de patas verdes.

El Rey de los Leprechauns saludó a Haghedisse con un movimiento de cabeza. Luego, con una leve oscilación de su báculo, desapareció de la vista de todos.

Los presentes permanecieron en silencio porque las palabras de Iubdan los habían impresionado. La espada significaba mucho más que la victoria; el correcto uso de la espada significaba la paz de todos los pueblos.

Pero algo se acercaba hacia los que estaban reunidos en asamblea: un desconcertante rumor, mezcla de lúgubres lamentos, descompasados silbidos y monótonos chasquidos de alas rotas alertó a los gnomos, leprechauns y puckies, que desaparecieron de la escena, y provocó que los enanos desenvainaran sus espadas y que Haghedisse produjera, con un movimiento de sus manos, un haz rutilante de luz azul que iluminó por completo a los recién llegados. Era la Desdichada Comitiva, llamada también Hueste, la que irrumpió en medio de la asamblea y, sobre-

volando las cabezas de todos los presentes, mientras profería quejumbrosos alaridos, bajó en círculo y se posó en el centro.

Sus componentes parecían, mientras volaban, estar todos encadenados entre sí, como si fueran un rosario de cuerpos y rostros entremezclados, sin guardar ningún orden, pues había seres con dos cabezas y cuatro brazos, pero sin cuerpo; muchas garras afiladas sin extremidades que las sostuvieran; o un cuerpo completo con alas de murciélago llenas de jirones y agujeros, que volaba y buscaba ansiosamente su cabeza perdida al final de la cadena. Pero, al estar apoyados sobre el suelo, se transformaban en seres casi esqueléticos, que lucían desnudos, que parecían ser muy endeble, que respiraban con dificultad. Todos tenían alas y les costaba mucho estar de pie, pues se ladeaban hacia los costados y debían dar pequeños saltitos y batir un poco las alas de murciélago para mantenerse erguidos y no caer de bruces contra el suelo:

—Hija de Tailtiu y Finvana, Señora de la Magia, la Hueste está dispuesta a pelear contra los invasores. No poseemos armas, como los enanos, los ogros y los gigantes, pero nuestras garras y nuestra emponzoñada mordedura son temibles. Todos saben en el Reino del Otro Mundo y en el de los okis que una presa elegida por nosotros no escapa jamás. No vamos a pelear para defender a los okis, pues ellos también han sido nuestras presas y lo seguirán siendo después de que finalice la batalla, pero vamos a combatir por nuestro reino, si es necesario, hasta morir, pues bien sabes, Haghedisse, que nuestra existencia no es infinita, como sucede con algunas de las criaturas del Reino del Otro Mundo.

La aparición de la Hueste terminó de convencer a todos aquellos que dudaban de involucrarse en la guerra. Iubdan lo había dicho: “La rueda se ha puesto otra vez en movimiento”. Fueron unos pocos los que entendieron su mensaje.

La Gran Guerra, la guerra contra los margontes, que recordarían las generaciones venideras como la más espantosa y cruel de todas, había comenzado.